

Notas metodológicas sobre Merton

FAUSTO E. RODRÍGUEZ GARCÍA

En realidad, el contenido de este trabajo no tiene las ambiciosas pretensiones que su título pareciera sugerir. Trátase tan sólo del desarrollo de algunas ideas que la lectura de ciertos pasajes de la obra capital de Merton¹ nos ha suscitado, y ni siquiera su atención se extiende a todos esos pasajes de un modo sistemático y exhaustivo en cuanto a la problemática integral que de ellos pudiera desprenderse.

Las ideas cuya exposición dan cuerpo a este escrito, las hilvanaremos siguiendo el hilo de la *Introducción* que Merton hace a la tercera parte de su libro, titulada: *The Sociology of Knowledge and Mass Communications*.² El rubro que se ha elegido para estas líneas obedece a que tales ideas se remiten, en cierta manera y en última instancia, a la cuestión metodológica fundamental que se halla en la base de toda postura de pensamiento que, como la de Merton, aspira a encauzar por un sendero nuevo los esfuerzos científicos de una disciplina; en este caso, de la Sociología. Hemos tomado, pues, únicamente como pretexto el comentario de la *Introducción* de referencia, ya que a nuestro modo de ver en ella hace crisis y se pone de manifiesto la ausencia —o la deficiencia— de la discusión metodológica (epistemológica) que lastra a la orientación mertoniana.

Podría objetárse nos quizás que semejante discusión, por asumir un carácter extracientífico, no tiene por qué aparecer dentro de una obra de aspiración científica como la que nos ocupa, y que, en todo caso, tal discusión correspondería a un enfoque de filosofía de la ciencia o de teoría del conocimiento. Pero lo cierto es que, hasta donde tenemos noticia, en ninguna otra parte de Merton se ha hecho temática esa fundamentación.

Hace tiempo expresábamos, al reflexionar sobre el *status* científico de la disciplina sociológica, que “jamás la Sociología se preocupó seriamente del problema de su justificación científica con títulos de indiscutibilidad y validez, ni nunca tuvo plena conciencia de su legitimidad como rama autónoma

del conocimiento, aunque siempre se ostentara con tales atributos";³ y esto lo decíamos teniendo en mente, sobre todo, a la dirección de la Sociología clásica, que es la más afín a estas cuestiones de principio. Nada raro resulta, pues, que la modalidad anglosajona de nuestra disciplina —de la que Merton constituye un preclaro exponente— con su franco desdén por estos temas, haya incurrido, *a fortiori*, en la misma omisión.

Las anteriores consideraciones forman el *leit motiv* que, explícita o implícitamente, campea por todo este trabajo, aunque circunstancialmente, nos hallemos ocupados con el comentario de un asunto tan concreto, como lo es la presentación comparativa que Merton nos ofrece de las variantes europea y americana de la "Sociología del conocimiento" y de la "Sociología de la opinión y de las comunicaciones de masas". Debe quedar bien claro, sin embargo, que dicho comentario tampoco se hará cargo de los temas sustantivos planteados por una y otra variante.

Merton se propone mostrar, en la mencionada *Introducción*, las perspectivas de complementación entre las contribuciones de la orientación europea (*Wissenssoziologie*) y de la orientación americana (*Mass communications Research*) sobre el problema de las relaciones: *estructura social-ideas*.

Bueno es llamar la atención, desde ya, sobre la inconsistencia que se va a observar en la presentación que Merton nos suministra, ya que no es fácil comprender como espera él llegar a establecer tipo alguno de colaboración entre las dos direcciones, después de la crítica total y negativa que hace de la variante europea —bien que con base en criterios falaces—, como veremos más adelante.

Efectivamente, el estudio comparativo que de las dos corrientes realiza Merton constituye una reiterada y acerba reprobación de los temas y de los procedimientos que, para abordar estos temas, ha venido manejando la "sociología del conocimiento". Aquí aparece ya como trasfondo la cuestión metodológica, porque, naturalmente, Merton hace el enjuiciamiento de la variante europea desde la "torre de marfil" de su postura gnoseológica dogmática, tal y como la perfila en la *Primera Parte* de su libro.⁴ La consecuencia es que, a la luz de los postulados metódicos de Merton, la orientación europea no sale muy bien librada, ya que jamás estuvo en la mente de los exponentes de esta orientación: la *Wissenssoziologie*, satisfacer requerimientos tales como los que plantea Merton; por el contrario, los supuestos metodológicos de su reflexión sobre los temas de la "sociología del conocimiento" son muy otros y responden a una concepción bien distinta respecto de la fenoménica social.

El primer rasgo discriminador que Merton señala entre las dos variantes, radica en la problemática que cada una enfoca como campo de su interés. En pocas palabras, la variante europea centraría su atención en el tema de las relaciones entre *estructura social* y *conocimiento*, entendiendo por

éste aquel conjunto de doctrinas o de teorías más o menos sistemáticas, forjalas por una élite de pensadores que interpretan la realidad histórica de cierta época o periodo. En cambio, la variante americana se interesaría, principalmente, en el estudio de la *opinión*, de la *información* y de las *creencias* dispersas, tal y como aparecen empíricamente en las masas de la población en un momento determinado.

Esta caracterización de la esfera propia de cada postura, que nos hace recordar la clásica distinción establecida por Platón⁵ entre las nociones de *episteme* y *doxa* —correspondientes a los dos tipos de *saber*: el conocimiento deliberadamente buscado y racionalmente fundado a través de la reflexión, y la simple opinión, que no tiene esas notas—, nos sugiere la duda hasta qué punto pueden ampararse bajo un mismo rubro genérico ambas materias, de tal manera que los resultados de una y de otra contribuyan a la integración de un cuerpo de teoría unitario y armónico, como parece intentarlo Merton.

También hay que advertir que, aun dentro de la temática asignada por Merton a la orientación americana, cabría hacer algunas consideraciones sobre la variedad de conceptos que el pensador americano emplea para delimitar su esfera: *opinión*, *opinión pública*, *cultura popular*, *creencias de las masas*, *nivel de información*, *creencias y actitudes populares*.⁶

A nadie puede escapar que con tan variada y vaga terminología —que Merton parece utilizar indistintamente— puede aludirse a problemas muy diversos. Sin intentar aquí una mayor profundización sobre el punto, nos conformamos con destacar que, al menos por lo que hace a la llamada “opinión pública”, puede incurrirse en el raras veces meditado peligro de confundirla con la “opinión del público”, que no es la misma cosa,⁷ y mucho sospechamos que en las investigaciones empíricas de opinión a menudo se ha caído en tal confusión. Otro aspecto, que no deja de suscitar reparos y que también nos limitamos a señalar por ahora, es el relativo a la legitimidad de la inclusión, dentro de una “sociología de las ideas”, del plano psicológico más profundo de las *actitudes*, como Merton parece sugerirlo dentro de la variante americana.⁸

En el apartado correspondiente a “Perspectivas sobre los datos y los hechos”, de la *Introducción* cuyo comentario nos ocupa, Merton insiste marcadamente en la precaria confiabilidad de los hechos que el representante europeo de la *Wissenssoziologie* acepta como datos: meras impresiones basadas en documentos, simples afirmaciones de pensadores aislados; o bien, juicios que han adquirido cierto grado de generalidad y consenso, sin tener una evidencia empírica de que las cosas que se afirman ocurren u ocurrieron así y no de otra manera. La variante americana, por el contrario, pondría especial énfasis en la comprobación de la existencia de los

hechos antes de afirmarlos e intentar su explicación, pues obrar a la inversa, según Merton, sería “empezar la casa por el tejado”

Más importante aún —y a nuestro modo de ver ello nos lleva a la médula del problema—, es el limitado valor que Merton asigna a la Historia como fuente de datos para una “sociología del conocimiento” En el fondo, esto traduce la actitud, más general, de Merton ante la *historicidad* de los fenómenos sociales. En efecto, una de las observaciones críticas más serias que hace a la variante europea, radica en el casi exclusivo interés de ésta por los acontecimientos del pasado, como resultado de su constante aspiración a enfrentarse con los grandes temas, que a veces abarcan todo un periodo o una época históricos, con fines de interpretación.

Al parecer, de acuerdo con Merton, el pasado histórico estaría irremisiblemente perdido para una “sociología del conocimiento” al estilo de la que él propugna, por la sencilla razón de la imposibilidad de recoger datos sobre opiniones y actitudes de las masas o de los grupos de población de ese pasado,⁹ que permitan establecer confiablemente, “con rigor y precisión”, el estado de conciencia de los mismos para, posteriormente, intentar la explicación de sus conexiones con las características de la estructura social del momento histórico respectivo.

Es curioso ver cómo el concepto de rigor científico que maneja Merton lo hace cortar amarras con la Historia —por inasible con los métodos y técnicas de la variante americana— y lo lleva, en consecuencia, a perder de vista el carácter esencialmente histórico de la experiencia social y a no ver en ésta más temporalidad que la de su *presente*.¹⁰ Esta cortedad de vista frente al fenómeno social no podría imputársele a Merton como voluntaria, sino impuesta por los supuestos metodológicos implícitos en su postura en relación con el dualismo *ciencias naturales-ciencias culturales*; pues aunque él no se pronuncia expresamente por la índole natural o cultural de la Sociología, para nadie constituye un secreto —y este es todo el espíritu de la dirección empiricista dentro de la disciplina— que en diversas partes de su obra, Merton reitera, como una cantinela, la equiparación consciente o inconsciente, con fundamento o sin él, del *status* de la Sociología con el de las Ciencias Naturales; seducido quizás por el éxito y los logros que éstas han alcanzado en el tratamiento de sus fenómenos. Pero nadie ignora también —y Merton no constituye, precisamente, una excepción al respecto— que buena parte de sus conquistas las debe el científico de la naturaleza a la adecuación de sus métodos a la índole del objeto de sus preocupaciones.

Se nos ocurre que lejos de ser un inconveniente y una impropiedad, desde el punto de vista de la actitud científica del sociólogo del conocimiento, el ocuparse con la interpretación del pasado histórico, a menudo ello constituye un factor que posibilita y favorece su labor cognoscitiva,

ya que no pocas veces ésta reclama una cierta perspectiva, una toma de altitud en el tiempo histórico, que permita enjuiciar e interpretar determinado periodo o época; pues, como suele suceder con los fenómenos humanos —y los fenómenos sociales no son otra cosa— éstos constituyen “totalidades de sentido”,¹¹ síntesis de presente, de pasado y de futuro, en que la temporalidad existencial consiste, y, entonces, la posibilidad de interpretar un fenómeno social con duración histórica depende, muchas veces, de que el proceso en que dicho fenómeno se despliega haya completado su ciclo de realización para ser aceptado en su sentido, como una totalidad, por el intelectual observador de hoy que dirige sus ojos al fenómeno va periclitado.

Sin embargo, no puede ocultársenos que a veces ocurre también y con no escasa frecuencia, que el intelectual no puede alcanzar esa perspectiva histórica a que aludimos; por la razón elemental de que el proceso social que pretende interpretar se halla en trance de gestación o de desarrollo en el momento que vive el propio sociólogo, sin que dicho proceso haya cerrado aún su ciclo parcial o total que permita comprenderlo como un “todo de sentido”. En tal caso, el sociólogo tendrá que asumir el papel adecuado de intérprete de la historia que él mismo está *protagonizado* en ese momento para proyectarse un poco en el futuro existencial del presente que vive y aventurar una hipótesis, más o menos plausible, sobre lo que el fenómeno social que le ocupa es actualmente en función de “su futuro”, o bien, en forma de profecía, lo que llegará a ser en una etapa posterior, inmediata o remota, del periodo histórico que transcurre.

Aquí cabría hacer una referencia, de paso, al problema de la neutralidad valorativa dentro de la Sociología, porque indudablemente que tanto el sociólogo-observador que ve al pasado histórico, como el sociólogo-protagonista que vive dentro del presente cuyo sentido aspira a comprender, no podrán pasar por alto la esencial constelación valorativa inherente al proceso histórico que estudian; y ello porque, en definitiva, ese proceso histórico se objetiva o se ha objetivado en comportamientos humanos (conducta) sociales, que son fenómenos de “libertad”¹² y no de “necesidad” como los naturales, y todo aquello que el hombre —como rey Midas— toca (realiza) con la vara de su libertad, lo convierte en valor.¹³ Pero entiéndase bien, decimos “en *valor*” y no “en *valoración*”, ya que esto último es lo que se alude y se trata de evitar con la exigencia de neutralidad valorativa.¹⁴

Esta delimitación del problema de la neutralidad valorativa en las ciencias sociales, es la que permite volverla compatible con la reivindicación, que para sí ha tenido que realizar el cientista social de nuestros días, respecto de la “cuestión del valor”, para ocuparse con ella sin perder su jerarquía científica y posibilitar así su tarea de dar cuenta con los fenómenos

sociales, haciendo ver cómo la dimensión valorativa es parte integrante y constitutiva de la realidad que le interesa y que, en consecuencia, no podría omitir la toma de conciencia de esa dimensión valorativa sin mutilar con ello al dato social en aquello que, en definitiva, representa su ingrediente entitativo más esencial.

Un corolario de lo anterior, son las ideas que Merton desenvuelve en los párrafos de su *Introducción* dedicados al aspecto de “Técnicas y procedimientos de investigación.” Destilando una enconada ironía intelectual, que impregna la mayor parte de este preámbulo, Merton rompe lanzas contra el historicismo de los europeos y su consecuente desentendimiento por las técnicas de investigación y de análisis de los datos. Subraya el sociólogo americano cómo al pensador europeo le tienen sin cuidado la *unidad* y la *coincidencia* de las diversas interpretaciones sobre los mismos datos, en contraste con la variante americana, centralmente preocupada por el problema de la *confiabilidad*, que supone tales atributos. Vuelve aquí Merton a invocar una vez más el modelo de las ciencias naturales, para ridiculizar la postura europea y poner de relieve la vacilante certidumbre del estilo de conceptualización de ésta, que admite la concurrencia de los puntos de vista más diversos sobre el mismo problema y con igual pretensión de validez. Parafraseando la abierta aceptación que de esta posibilidad hace un historiador¹⁵ en la parte introductoria de su obra, afirma Merton:

“Cuán ridículo resultaría el prefacio de un tratado de química, en el que se afirmase a la manera del historiador, que ‘otros interpretarán los *mismos* datos sobre la combustión de modo diferente; esto es prácticamente inevitable...’...”¹⁶

No hace falta poseer una gran agudeza para advertir lo absurdo e impropio de semejante comparación —que incluso se antoja una *boutade* de Merton—; con ello, se nos hace presente de nuevo la incógnita de su escepticismo frente a la clásica disputa metodológica entre ciencia natural y ciencia cultural —perdonándonos la machaconería—, es decir, con esta confusión que Merton crea entre *explicación por sus causas* de los datos naturales e *interpretación en su sentido* (comprensión) de los hechos históricos, que en realidad constituyen dos actitudes gnoseológicas distintas impuestas por la índole diversa de uno y otro tipo de objetos.

Incluso, Merton se desentiende con toda tranquilidad de la precisión terminológica, como puede desprenderse de la cita textual del pasaje de su libro, que acabamos de transcribir y en el cual nos habla de “interpretación” cuando, en buena jerga científica, debiera decir “explicación”.

Todo esto nos tienta a plantear las siguientes interrogantes:

¿Será tan clara y tan segura la conciencia que Merton tiene sobre la penuria de la preocupación epistemológica —y, tal vez, de la información—

en el campo de la sociología anglosajona, que se permite incurrir deliberadamente en tales despropósitos?

O bien,

¿Será que el propio Merton participa, consciente o inconscientemente, de tal despreocupación?

Más adelante reincide Merton, pero en forma más concreta, en su propósito inicial de obtener un híbrido, resultante de la mezcla de las dos variantes, a través de una fecundación recíproca que permita eliminar sus defectos y sintetizar sus virtudes; y, puntualizando más la cuestión, alude expresamente a la parte con que, en el concepto, aportaría cada variante al fondo híbrido común:

“Semejante fecundación mutua produce un híbrido vigoroso, con las interesantes *categorías teóricas* de una y las *técnicas de investigación empírica* de la otra”¹⁷ (subrayado nuestro).

Pero esta otra afirmación nos sugiere nuevos reparos, pues nos parece demasiado simplista la forma como Merton concibe la combinación de las dos variantes, si es que tal mezcla es posible. No hay que olvidar, en efecto, que las categorías teóricas de la orientación europea dentro de las ciencias sociales revisten, generalmente, un legítimo y explicable carácter *polémico*, dados los requerimientos propios de su adecuación a las diversas interpretaciones, que pugnan por captar conceptualmente mejor los fenómenos o hechos en cuya ocasión se acuñan. Mientras que, dentro del estilo de pensamiento de la sociología norteamericana, conocemos perfectamente la escasa afición que existe por la discusión terminológica y el preferente interés de que gozan, en cambio, las llamadas “definiciones o conceptos operacionales”, como instrumentos de trabajo en la tarea de aplicación de las técnicas de investigación.

Otra cuestión importante de subrayar, es la relativa al *status* que actualmente guarda la variante americana. Según el propio Merton, ésta ha surgido como un respuesta a necesidades prácticas y extra científicas de naturaleza comercial y militar.¹⁸ A Merton no se le escapa el inconveniente que, desde el punto de vista científico propio, representan semejantes circunstancias sociales de aparición de la orientación que él defiende, así como las posibles repercusiones que ellas pueden tener sobre la *neutralidad* y la *libertad de acción*, atributos de la jerarquía científica a que aspira una disciplina con pretensiones de rigor como la Sociología. En consecuencia, Merton se ve obligado a reconocer esta situación y sólo le queda alentar la esperanza de que en un futuro inmediato logre la variante americana cortar esos vínculos existenciales y penetrar plenamente en el terreno de la ciencia.¹⁹ La verdad es que mucho nos tememos que tal

autonomía no llegue a concretarse tan pronto como Merton lo quisiera, porque para que ello acontezca tendrán que desaparecer o pasar a un segundo plano las exigencias prácticas que han sido la coyuntura de su gestación, cosa que se antoja difícil ocurra en un medio social, político y económico como el que sirve de escenario a la variante americana.

Lo anterior es muy sintomático de las raquílicas perspectivas científicas y de las serias limitaciones que afectan a la variante americana, en sus pretensiones de llegar a ser la orientación sustitutiva o directiva en la investigación de los temas de la “sociología de las ideas”

Para concluir con este breve comentario y ya que nuestro tema incidental ha sido el de la “sociología del conocimiento”, cabría plantearse, en sus términos, como interrogante que resume muy bien el pensamiento que hemos tratado de desarrollar en todo este artículo, la siguiente cuestión:

¿Cuáles son las condiciones sociales o existenciales que favorecen o determinan una percepción como la de Merton, de tal manera que, al enjuiciar y condenar a la variante europea con los criterios de la variante americana, adopta una actitud como la de aquellos intelectuales que —transcribiendo a Mannheim, si se nos permite el traslado— “aunque saben más o menos que la persona con quien están discutiendo determinado asunto representa otro grupo, y que probablemente su *estructura mental*, en conjunto, *es totalmente diferente*, cuando discuten un tema concreto hablan como si sus diferencias se concretaran a la cuestión específica... *Desconocen el hecho de que su adversario difiere de ellos en su total concepción y no meramente en el punto particular que están discutiendo*”²⁰ (subrayado nuestro).

¹ Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, The Free Press, Glencoe, Ill., 1957.

² Merton, *op. cit.*, pp. 439-455.

³ Fausto E. Rodríguez, *Breves reflexiones sobre el objeto y el método de la Sociología del Derecho*, “Memorias del VIII Congreso Nacional de Sociología”, celebrado en Durango, México, en 1957.

⁴ Merton, *op. cit.*, pp. 3-117.

⁵ Platón.

⁶ Merton, *op. cit.*, pp. 441-442.

⁷ Carlos Cossío, *La política como conciencia* (Meditación sobre la Argentina de 1955), Abeledo-Perrot, B. Aires, 1957. Capítulo III, especialmente pp. 178 y ss.

⁸ En la literatura sociológica norteamericana se ha producido una profusa elaboración del tema “opiniones y actitudes” y sobre el problema de su medición (escalas), y hay un consenso para distinguirlas entre sí, aunque a veces se toman las primeras como *índice* de las segundas.

⁹ Merton, *op. cit.*, p. 445: “*Pero en virtud de que aún no se han desarrollado técnicas de entrevista para cortes transversales de poblaciones en el remoto pasado, que nos permitan comprobar las impresiones obtenidas de los documentos históricos dispersos que nos han llegado hasta ahora, el sociólogo americano de las “mass communications” tiende a concentrarse en el presente histórico.*”

Nótese el sarcasmo que traducen las palabras subrayadas por nosotros en el texto mertoniano transcrito.

¹⁰ No hay que confundir "tiempo histórico" con "tiempo existencial". Respecto de este último Merton parece recogerlo en su capítulo dedicado al estudio de las continuidades en la "teoría de los grupos de referencia". Cf. Merton, *op. cit.*, Problema 7 y 8, pp. 368 y ss.; especialmente, p. 386.

¹¹ Para una mejor comprensión, cf. Wolfgang Kohler, *Psicología de la forma* (Gestalt), trad. Raquel Valente de Tortarolo, Argonauta, B. Aires, 1948, pp. 155-182; y cualquier artículo de difusión, sobre el "tiempo existencial".

¹² Nos referimos a la "libertad metafísica, fenomenalizada en conducta".

¹³ Parafraseando un poco la célebre expresión formulada por Galileo, a propósito de la Naturaleza (Universo), consideramos válido y oportuno afirmar que la Sociedad es otro "libro abierto", sólo que escrito no con caracteres matemáticos, sino en lenguaje axiológico.

¹⁴ A este respecto, es interesante la distinción establecida por Rickert entre "avaliación teórica" y "valoración práctica". Cf. Heinrich Rickert, *Ciencia cultural y Ciencia natural*, trad. de Manuel G. Morente, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Col. Austral (347), B. Aires, 1943, pp. 144 y ss.

¹⁵ Nos referimos a Dumas Malone, en la introducción a su obra sobre Thomas Jefferson, citado por el propio Merton, *op. cit.*, p. 447.

¹⁶ Merton, *op. cit.*, p. 448.

¹⁷ *Idem*, p. 449.

¹⁸ *Idem*, p. 451.

¹⁹ *Ibid*, p. 452. Aquí nuevamente invoca Merton el paralelo de las ciencias sociales con las naturales; ahora específicamente con las ciencias físicas en el siglo xvii.

²⁰ Karl Mannheim, *Ideología y Utopía*, trad. de Salvador Echavarría, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1941, p. 244.